

Camille al fin

- ¿Ya no me quieres?

Estaba Camille descifrando de qué color era el océano Atlántico que rozaba sus pies cuando él le hizo esa pregunta. Se permitió unos instantes antes de contestarle. Cerró los ojos y la brisa siempre fresca de Bretaña jugó con su pelo.

Una leve sonrisa afloró de los labios de Camille igual que aquellas pequeñas flores que resisten el agua salubre del mar. Sabía que aquel día llegaría y aún así sonreía. Sonreía, por el monte verde, por las rocas de granito rosa, por los susurros del mar, por la llovizna de Bretaña, por los acantilados feroces. Llegaría el día que él se cansaría de ella, que el amor no sería tan fuerte como lo son las rocas aquí, o tan omnipresente como el azul del mar. Sonreía también por la estupidez de sus actos: las palabras de amor blandengue, las cenas donde se tocaba mil veces el pelo para convencerlo de cualquier tontería, los bombones demasiado dulces y demasiado caros que compró por San Valentín, el morreo que le dio en medio de la plaza para "ahuyentar" a la competencia, la voz dulzona y aflautada que usaba para hablar con él. Esa Camille no era la que el mar conocía. La auténtica Camille era de ojos azules y palabras directas. Era amante del mar y del sol. Sabía dibujar aquellos sentimientos que en tan sólo unos segundos quedan marcados en el rostro de la gente. Pero, desde que había estado saliendo con él, sus ojos ya casi no eran azules, las palabras no tenían sentido apenas, e ignoraba el mar como nunca lo había hecho.

¡Pero que idiota eres Camille! le susurró el mar Dile que no lo quieres, que nunca lo has querido. Quiero que vuelva la Camille de antes, mi Camille...

Suspiró al mismo tiempo que lo hizo el mar. Abrió los ojos, y le guiño el ojo a su reflejo marítimo. Empezó a acariciar unas florecillas violetas que se encontraban a su alrededor y de repente se dio cuenta de que él había arrancado unas cuantas y se las estaba ofreciendo. *Será idiota...* pensó Camille a la vez que cogía las flores y las tiraba al mar.

- ¿Porqué has tirado las flores al mar? Siempre te han gustado las flores...

Antes que siguiera, Camille le cortó.

- ¡Sí que me gustan las flores! Pero me gustan vivas. Lo que pasa es que tu nunca me has preguntado como prefería las flores. Tampoco me has preguntado cómo me gusta que me cojan de la mano o cómo me besen. Tu simplemente lo has hecho, ¿qué te crees? ¿que todas funcionamos igual? No somos motos, que con un poco de aceite y una revisión mensual funcionamos.

Camille se levantó y el viento empezó a soplar más fuerte. La agitación de las olas era comparable al movimiento feroz de su pecho.

- ...

- ¡¿Qué?! ¿Tampoco me vas a decir nada esta vez? ¿Acaso alguna vez me has preguntado si te quería? No... ¡Claro! A ti ya te estaba bien, yo hacía bien mi papel de niñita empedernida y tú el de matón con moto ensordecedora... Pero ¿Sabes qué?

- ¿Qué?

- Que hoy, precisamente hoy, te has dado cuenta de que ya no me quieres.

Las olas retumbaron, dando ánimos a Camille.

- Ah, no. ¡Perdón! Tampoco sabes si te quiero o no, porqué hasta esto me lo tienes que preguntar.

Él también se había levantado, pero su posado era mas bien comparable a las florecillas mustias que estaban flotando en el mar. Camille le miraba con fiereza esperando que reaccionara, pero ni eso supo hacer. Ridículo, realmente ridículo...

Vete, Camille... Volvió a susurrarle el mar.

Y sin más, Camille recogió su chaqueta y empezó a andar. Siguiendo la orilla del mar se fue quitando las horquillas del moño artificial, el pañuelito rosa que envolvía su cuello, los pendientes con forma de osito de San Valentín que solo saben decir *Te quiero* con voz monocorde, etc. Lo iba librando todo al mar, cómplice de recogerlo y de borrarlo de la mente de Camille.

Clàudia Abela, 1r BAT B